

Lutos mal aliviados¹

Prólogo

Aquí, aquí, aquí el héroe, o la heroína, gastan un luto que parece a otros terco, desmedido, alargado más allá de lo que ordenan el Cielo y las costumbres y exige naturaleza, teatro. La muerte (la del padre, la del hermano) es “común”, cosa que toca a todos. Quiebra uno el decoro si chapotea en ella.

¹ Manuel Palazón Blasco, *segundos juguetes que he fabricado revolviendo en los armarios de Shakespeare*. Valencia, Obrapropia. ISBN 978-84-16048-22-9. Depósito Legal: V-3163-2013.

Hamlet

Hamlet va aún nublado (I, II, 66). Lo riñe primero mamá, la Reina. Quiere que su “buen Hamlet” se quite sus “colores nocturninos”, que “con los párpados caídos” no busque a su “noble padre” continuamente “en el polvo”, pues sabe que la muerte es “común” (I, II, 66 – 72).

--*Sí, señora, es común.*

-- *Si es así,*

¿Por qué parece tan particular contigo?

--*¿Parece, señora? No, lo es.*

(I, II, 74 – 76)

Todas “las formas, apariencias y maneras del dolor” no lo “denotan” “fielmente”.

--...*Éstas, es verdad, parecen,*

Pues son acciones que un hombre podría interpretar,

Pero yo tengo algo dentro que sobrepasa el espectáculo,

Éstas no son sino los boatos y trajes de la pena.

(I, II, 83 – 86)

“But I have that within which passes show...” (I, II, 85) ¿Qué tendría, que lo sitúa más allá de la representación?

El Rey se muestra más severo. Su duelo es “obstinado”, de una “tozudez impía”, es mujeril, “señala” “un corazón mal fortificado, una mente impaciente, / un juicio simple, poco enseñado”. Falta, con su luto cabezón, al cielo, a los muertos, a la naturaleza, a la razón, puesto que “su tema más común / es la muerte del padre”. “Esto tiene que ser así.” “Os lo rogamos, echad a tierra / esta pena inservible, y pensad en nosotros / como en un padre...” (I, II, 92 – 108) Luego le piden que se quede en Dinamarca, que no vuelva a la facultad, a Wittenberg (I, II, 112 – 120). Enseguida se van todos, y Hamlet se queda murmurando su primer monólogo, “Ay, si estas carnes, demasiado, demasiado sólidas, pudieran derretirse, / deshacerse y disolverse en el rocío...” (I, II, 129 – 130)

Entrará luego el dudoso Espíritu del antiguo Dinamarca corrigiendo, con su texto, el duelo de su hijo. “Acuérdate de mí” (I, V, 91).

Hamlet: ...¿Acordarme de ti?
 Sí, sí, pobre fantasma: mientras la memoria tenga asiento
 En este globo distraído. ¿Acordarme de ti?
 Sí: de la tabla de mi memoria
 Borraré todos los recuerdos triviales, o tontos,
 Todo cuanto dicen los libros, todas las formas, todas las impresiones del pasado
 Que la juventud y la observación copiaron en ella,
 Y tu mandamiento vivirá solitario
 En el libro y volumen de mi cerebro
 Sin mezclarse con materia más baja.

(I, V, 95 - 104)

Hasta aquí la “melancolía” (III, I, 167) del príncipe arrancaba de la muerte de su padre, y de la prisa con que su madre se ha quitado lutos y se ha dado al Rey nuevo, su cuñado. Ahora, además, la alimenta la *historia* de la sombra en pena del Viejo Hamlet.

(En *Hamlet*)

Helena

“Esta joven dama tenía un padre (¡Ay, ese ‘tenía’ es un paso tan triste!)...” (I, I, 16 – 17) Lo dice por Helena, la “hija única” de Gerardo de Narbona, que fue otro médico prodigioso. Ahora se hallaba bajo la custodia de la Condesa del Rosellón, la cual esperaba que, con su educación, mejorasen las “disposiciones” que había heredado, sus “dones” naturales (I, I, 35 – 38). Helena lloraba, lloraba. La Condesa disculpaba sus continuas lágrimas: en aquella “salmuera” la doncella “conservaría” las virtudes que merecían su alabanza. Pero la estudiaba con preocupación: “La memoria de su padre no se acerca nunca a su corazón sin que la tiranía de su tristeza arranque toda apariencia de vida de sus mejillas. Ya basta, Helena, vale, ya basta, a menos que busques que se piense que afectáis una tristeza que no sentís...” Helena protestó: “Afecto, es verdad, la tristeza, pero también la tengo.” El *Viejo* Lafeu replica: “La lamentación moderada es el derecho de los muertos; el dolor excesivo, el enemigo de los vivos” (I, I, 45 – 52). Sin embargo, Helena no se lamenta por su padre, sino por el amigo, que se va. Una vez que se ha quedado a solas en el escenario, con nosotros, se confiesa:

*--¡Ay! ¡Si todo fuera eso! Yo no pienso en mi padre,
Y estos lagrimones honran mejor su memoria
Que aquéllas que derramé por él a su hora. ¿Cómo era él?
Lo he olvidado: mi imaginación
No guarda otro favor que el de Beltrán.
Estoy perdida...*

(I, I, 77 – 82)

(En *Bien está lo que bien acaba*)

La Condesa Olivia

La Condesa Olivia, hermosa ricahembra con pergaminos, no quería, por ahora, maridar. Porque perdió un hermano, y deseaba “conservar” en la “salmuera” que echaban continuamente sus ojos su “amor muerto” “fresco / y duradero, en su triste memoria”, hizo voto, que iría siete veranos tapada, “como enclaustrada”, llorona, evitando al macho (I, I, 23 – 32). Estaba Olivia, se decía (“as it is spoke”), “abandonada a su tristeza” (I, IV, 19 – 20). Su *historia* la resume un Capitán de barco. “¿Qué es?” Olivia es “una doncella virtuosa”. Es “la hija de un conde / que murió hace doce meses”. Quedó entonces “bajo la protección” de su hermano, pero éste “al poco también murió”, y por su “grande amor” “(dicen)”, dice, entre paréntesis, “ha abjurado la compañía / y la contemplación de los hombres” (I, II, 35 – 41).

Su tío, el vicioso don Tobías Regüeldo, interesado, que sería su alcahuete, critica su luto con argumentos semejantes a los que usa el Rey Claudio con el príncipe de Dinamarca: “¿Nos apestará mi sobrina, tomándose así la muerte de su hermano? Os aseguro que la pena es enemiga de la vida” (I, III, 1 – 3).

El Bufón también censura su duelo:

Bufón: *Mi buena señora, ¿por qué lloras?*

Olivia: *Mi buen bobo, lloro la muerte de mi hermano.*

Bufón: *Yo creo que su alma está en el infierno, señora.*

Olivia: *Yo creo que su alma está en el cielo, bobo.*

Bufón: *Más boba me parecéis entonces, señora, llorando por el alma de vuestro hermano, estando en el cielo.*

(I, V, 64 – 69)

(En Noche de Reyes)